

# Nuestra escuela y los signos de la novedad social

---

VICENTE ALBÉNIZ

*«En tiempos de crisis, la imaginación  
está por encima del conocimiento»  
(A. Einstein)*

La realidad es multifacial, poliédrica. Su observación queda determinada por el sistema de referencia en que se coloca el observador. Pero, además, como afirmaba Einstein, «es la teoría la que decide lo que podemos observar». Así pues, nuestra observación queda condicionada por nuestra teoría -referente intelectual- y por nuestra situación -referente socio-cultural-. Por ello, esta reflexión no pretende ser (no puede ser) más que una aproximación parcial y provisional a la cuestión mayor que nos ocupa: cuál es la respuesta que la escuela católica va dando a los signos de la novedad social, **visto el asunto desde América Latina.**

Adentrarse en semejante cuestión, con una actitud igualmente alejada de la ingenuidad y del cinismo, no es fácil. En efecto, en lo que respecta a la relación entre escuela y sociedad, vivimos tiempos de incertidumbre. La incertidumbre, claro, es condición humana: sin ella, la vida no sería posible. Pero, en el asunto que nos ocupa, la incertidumbre, generada por la duda, no es sino síntoma de la crisis que vive la escuela. La crisis, causa y efecto a un tiempo de la incertidumbre, aparece cuando las

respuestas tradicionalmente, válidas se muestran insuficientes. Se trata de decidir, en esa determinada encrucijada histórica, entre las diversas opciones que se presentan al hombre y a las instituciones.

Hoy tenemos la sensación de que tanto la sociedad como la escuela viven una situación de cansancio, incluso de agotamiento, tanto estructural como espiritual. Ha sido mucha la energía gastada en los últimos tiempos, intentando la renovación de una y de otra. Los resultados obtenidos, hay que reconocerlo, no siempre han sido proporcionales a la generosidad del esfuerzo. Además, la complejidad de la situación social continúa creciendo de modo abrumador, y la escuela se encuentra situada entre los rígidos andamiajes de ayer, los indefinidos entresijos de hoy y los presentidos avatares de mañana. En semejante situación, la escuela no acaba de encontrar su identidad, y vivir en ese permanente déficit de identidad cansa...

Parece razonable preguntarse por la oportunidad que supone abordar el tema desde América Latina. Tal aproximación presenta algunas peculiaridades que la justifican, por encima de los posibles exotismos, más o menos interesados, con que suele utilizarse esta referencia por determinados sectores sociales y religiosos... En efecto, si es verdad que el pobre permite efectuar el diagnóstico de la patología estructural del Estado, tal como ha escrito Herman Cohen, también lo es -nos recordaba Ignacio Ellacuría- que, para calibrar el grado de podredumbre de una sociedad hay que analizar sus excrementos, como se hace con el cuerpo humano para detectar su descomposición o disfunción interna. Hoy nadie duda que América Latina es el ejemplo más evidente de la contradictoria situación a que puede conducir un desarrollismo deshumanizado.

Y ahora una advertencia para no caer en dos de las trampas más habituales, en nuestros discursos socioeducativos: las máscaras y las palabras. La realidad acostumbra a ser tan terrible que preferimos la más cara de la apariencia. En nuestros días es tal el culto a la apariencia que, conver-

tido el *espacio público* en un *patio de comedias*, vivimos en un permanente carnaval. Con Alvaro Mutis reconocemos que «ante la radical insuficiencia de la palabra para decir la propia visión del mundo, sólo nos queda escribir humildemente, diciendo nuestra propia verdad».

En nuestro diario oficio de maestros, permanentemente descubrimos que lo que somos habla tan fuerte que no permite oír lo que decimos. Ante el triunfo de la máscara y la ambigüedad de la palabra, no puede sorprendernos la decisión de quienes, abandonando el riesgo heurístico, se han refugiado en la apacible comodidad exegética. Nosotros, de la mano de Foucault, en lugar de preocuparnos por decir cómo deben ser las cosas, preferimos arriesgarnos en el propósito de «producir la verdad de los discursos».

## **Desde América Latina**

*«Horresco referens» (Virgilio)*

Dos razones nos han llevado a encabezar estas líneas con el verso que Virgilio pone en boca de Eneas cuando describe la muerte de Laocoonte y sus hijos. Tiene que ver la primera con la literalidad del texto. Hemos anunciado que, en las páginas que siguen, vamos a estudiar la relación que se da entre los actuales cambios sociales y el ámbito de la educación católica, viendo y analizando dicha relación desde la referencia de América Latina. Validar nuestra apreciación y hacerla comprensible, supone comenzar describiendo el propio sistema de referencia. Pues bien, estremece describir el «referente», como vamos a ver a continuación. La segunda razón se refiere al sentido alegórico del acontecimiento que narra Eneas. Laocoonte, sacerdote troyano, muere junto con sus hijos, estrangulado por una serpiente, como castigo por haber prevenido a sus compatriotas contra la introducción en la ciudad del caballo de Troya. La frecuente utilización de diversos caballos de Troya, en la historia de

América Latina de todas las épocas, es tan noria y conocida que no son necesarias otras precisiones. Pero no podemos por menos de preguntarnos si el mortal suplicio al que parecen estar condenados esta tierra y sus hijos, no será el castigo debido al rechazo con que enfrentaron las traicioneras cargas que transportaban los vientres vacíos de aquellos caballos.

América Latina existe, claro, como realidad geográfica. Pero a poco que se la observe, se descubre de inmediato tal fragmentación social y política entre los distintos países que la forman, y en el seno de cada uno de ellos, que resulta inevitable preguntarse si América Latina existe como realidad cultural, o se trata de un puro ente de ficción. Los propios pensadores latinoamericanos se han ocupado largamente de la cuestión, ofreciendo distintas visiones de la misma.

Así, Augusto Salazar escribe: «Los latinoamericanos viven desde un ser pretendidos, desde la pretensión de ser algo distinto de lo que son y podrían ser, alienados respecto de su propia realidad, que se ofrece como instancia defectiva, como carencias múltiples, sin integración ni potencia espiritual. (...) De ahí que en las comunidades latinoamericanas prevalezca la *mistificación y la ficción*. Muchas instituciones tienen signo distinto del que declaran, la mayoría de las ideas cobran un sentido diferente y las más de las veces opuesto al que oficialmente poseen (...) Vivimos según modelos de cultura que no tienen asidero en nuestra condición de existencia. (...) ¿Hay manera de conseguir autenticidad y originalidad? Si la hay..., que la reflexión teórica y la aplicación práctica, concebidas y ejecutadas a nuestro propio modo de ser, elaborada por nosotros -según nuestros propios patrones -y aplicada- de acuerdo con nuestros fines-.

Por su parte, Ernesto Mayz subraya que «en América Latina, la expectativa es un ingrediente que afecta y modela la existencia: existir *originariamente como un no-ser-siempre-todavía*». Con mirada inteligentemente crítica, el maestro y amigo Germán Marquínez, nos des-

cubre que «subdesarrollo, dependencia y liberación son hoy las instancias unitarias más vivas de Latinoamérica». Afirma que América Latina es un «continente ontológicamente oprimido por una ‘voluntad de poder’ ejercida en la totalidad mundial por Europa». Y concluye que el *subdesarrollo*, producido por el *capitalismo dependiente*, reclama de nosotros pensar en situación -que en eso consiste la *liberación*-, haciéndonos cargo de la misma (toma de conciencia), cargando con ella (encarnación) y encargándonos de cambiarla (compromiso), de acuerdo con la propuesta de Ellacuría.

El filósofo colombiano Fernando González reclama y afirma la capacidad de futuro contenida en la precaria situación presente: «Suramérica es una raza en gestación; es el horno del hombre futuro, patria de cosas nuevas. Aquí es donde puede renovarse la expresión humana».

«Un rasgo bien propio de nuestra América es la vieja e incurable exaltación verbal», denunciaba José Carlos Mariátegui, quien añadía que «la fe en el porvenir no necesita de la artificiosa y retórica exaltación del presente». Acecha por doquier la trampa del discurso, tan retórico como inoperante. La literatura fantástica, que tan magistral y generosamente se cultiva en América Latina, afecta a todos los sectores del vivir personal y social, de tal modo que en muchas ocasiones, el discurso se vuelve mágico, imposibilitando su articulación con un proyecto real. Por eso debe ser preocupación y compromiso primero de cualquier proyecto educacional articular el discurso teórico con los procesos de cambio social que reclaman los tiempos actuales.

Si, preocupados por «las revoluciones explosivas de la desesperación» (Pablo VI, en Bogotá), recorremos los documentos del CELAM, constataremos que sus descripciones son redundantes, aunque difieran los análisis valorativos y las soluciones propuestas. Quiere esto decir que, en los veinticinco años transcurridos desde la reunión de Medellín a la de Santo Domingo, la situación social, en muchos aspectos, lejos de me-

jorar empeoró. Por supuesto, desde 1992, las condiciones no han mejorado globalmente.

El primer elemento que emerge del análisis de la situación de América Latina es la realidad de un continente multiétnico y pluricultural, articulado por diversas cosmovisiones, que, sin haber conseguido una suficiente integración cultural, está amenazado por las aculturaciones de las nuevas invasiones foráneas. La falta de integración entre los diversos pueblos se manifiesta, a veces, en nacionalismos exacerbados, armamentismo desproporcionado, falta de sensibilidad ante los emigrantes interiores... América Latina no pasa de ser un proyecto, lejos todavía de su realización.

## **Silencios y esperanzas**

En esta tierra que fue bautizada como el «continente de la esperanza», la esperanza está a punto de desvanecerse. Es angustiosa y dramática la situación de grandes grupos humanos: crecen la pobreza, la miseria, y la mortalidad infantil; aumentan la marginalidad y las desigualdades; se amplía la brecha social; el deterioro de la dignidad humana se agrava al mismo tiempo que se destruye la naturaleza; el crecimiento incontrolado de las grandes ciudades genera nuevos problemas y amplifica los que ya existían; con el agravamiento de la actual crisis económica, se incrementa de modo alarmante el número de los nuevos pobres, fruto del desempleo inducido por el neoliberalismo... Ha fracasado la esperanza de los pobres.

Como consecuencia de la injusticia y de los desequilibrios socioeconómicos, se ha multiplicado la violencia entre las personas y aumenta simultáneamente la violencia institucional; crece la permanente violación de los derechos humanos; se incrementa el número de asesinatos, de atentados a la libertad, de desapariciones arbitrarias y

de desplazados violentamente... No es posible la paz. Vivimos una cultura de muerte.

Los niños y jóvenes emergen silenciosamente y ya constituyen más del 55% de la población. Es preocupante el número de niños de la calle que viven en las grandes ciudades, sometidos a todos los peligros, incluido el de la muerte. Hay jóvenes inconformistas, auténticos, rebeldes, creativos, activos..., y también manipulados, radicalizados, ideologizados, hedonistas, consumistas, indiferentes... Su situación es muy diversa, pero en una mayoría se percibe que viven con gran preocupación el presente, y se enfrentan con temor al incierto futuro... Crece el número de los jóvenes graduados en desesperanza.

A pesar de los esfuerzos, no acaba de resolverse el problema de la marginación escolar. En algunos países aún quedan importantes grupos de niños y jóvenes sin escolarizar, y en todos, se percibe la inadecuación de las respuestas educativas a las necesidades sociales.

La situación de la escuela católica es ambigua y su presencia, dispar. Así, es posible encontrar escuelas católicas presentes en situaciones de frontera, siendo semilla de esperanza, mientras esforzadamente construyen una sociedad nueva. Pero también nos topamos con escuelas católicas que son auténticos baluartes del más recalcitrante conservadurismo social. Junto a escuelas católicas que ponen toda su ilusión y su trabajo en combatir la brecha que desgarrar el tejido social, otras -seguramente de modo inconsciente- contribuyen a mantenerlo, al dedicarse «exclusiva o preferentemente a elementos de una clase social ya privilegiada» («La Escuela Católica», 58).

En esta tierra de silencios sumisos y voces alzadas, la escuela católica puede estar siendo responsable de una cierta cultura del silencio porque calla cuando debía hablar, o porque habla de lo que no tenía que hablar. En esta tierra donde coexisten de modo incomprensiblemente cercano

el lujo y la miseria, la brillante luz del trópico y el cenagoso lodo de las *villa-miseria*, la escuela católica, a veces ha optado por tener las manos limpias; y lo ha conseguido, a cambio de tenerlas vacías. «La opción preferencial por los pobres», nacida en Medellín y mantenida en Puebla, pasó a ser «ni exclusiva ni excluyente» en Santo Domingo. Hoy la escuela católica latinoamericana debe preguntarse si los pobres constituyen su criterio de verdad.

Viendo la habitual debilidad con que los pueblos latinoamericanos reaccionan ante las dramáticas circunstancias en que viven, siente uno la tentación de creer que una especie de fatalismo congénito les paraliza y les obliga a aceptar sumisamente su situación. Claro que, de existir, esta condición ha sido hábilmente leyendo el siguiente texto de Guinés de Sepúlveda: «¿Qué cosa pudo suceder a estos bárbaros más conveniente ni más saludable que el quedar sometidos al imperio de aquellos cuya prudencia, virtud y religión los han de convertir de bárbaros, tales que apenas merecían el nombre de seres humanos, en hombres civilizados en cuanto pueden serlo; de torpes y libidinosos, en probos y honrados; de impíos siervos de los demonios, en cristianos y adoradores del verdadero Dios?».

La situación latinoamericana puede llegar a ser tan angustiosa que se considere la huida como la única salida posible. Es lo que experimentó el mismo libertador Bolívar. Al final de su existencia, desengañado y víctima de sus contemporáneos, escribió, desde Barranquilla el día 9 de noviembre del año de su muerte, a Juan José Flores: «La América es ingobernable. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar... Ese país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfundada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles». (De no estar datada la cita, podía tomarse la premonición como crónica de actualidad...) Actualmente, las huidas pueden ser más sofisticadas. «Macondo somos todos» ha escrito Germán Marquínez: nacidos en Macondo y, tras ser violentados culturalmente, los pueblos latinoamericanos sufren

hoy su condición de desplazados a la virtual aldea global. Han cambiado su condición de macondianos por la de aldeanos globales (o globalizados, no se sabe muy bien...), siempre al servicio del mismo cacique. Algunos ven así realizado el sueño dorado de su transmigración: pasar del realismo mágico pre-posmoderno a la realidad virtual tardo-posmoderna. Mientras tanto, la realidad latinoamericana sigue ahí, tozuda, como un reto para hombres de esperanza incombustible.

La reconstrucción de América Latina pasa por tres presupuestos sustantivos (justicia social, paz y desarrollo sostenible) y por un único camino: la renovación de la educación. Tal reconstrucción es posible porque el gran recurso renovable e inextinguible en Latinoamérica es la imaginación creativa, y según afirma el psicólogo social J. P. Guilford «un mundo donde se resuelvan con creatividad los problemas sociales, científicos, técnicos o estéticos será necesariamente un mundo pacífico».

Durante la primera semana del mes de junio de 1997 se ha celebrado en Cartagena de Indias el Simposio internacional «Estrategias para el desarrollo social del siglo XXI» que ha reunido a más de 500 científicos sociales de 61 países. En la reunión se ha constatado que, resistiendo en las comunidades de base, se encuentran vivas increíbles reservas de solidaridad cotidiana. Se percibe asimismo la aparición de nuevos movimientos sociales que muestran el gran potencial de lo alternativo... Creen los participantes que ha llegado el momento de retomar la utopía, reavivar los sueños, revivir la esperanza, de modo que sea posible conseguir una confluencia de conceptos, tendencias y métodos que posibiliten la construcción de una sociedad nueva.

Intervino en la reunión Manfred Max Neff, premio Nobel Alternativo de Economía. Dada la importancia del ponente y la actualidad de su intervención, ofrecemos algunas citas de la misma. «El desafío es comenzar a soñar y construir un nuevo modelo, recuperar el concepto de comunidad como hecho existencial concreto, regresar a la escala huma-

na, dar rostro a las personas, y que el crecimiento económico pueda decir cuál es la historia humana» (...) «De continuar arrasando los recursos naturales, viviremos una pobreza estructural sin remedio» (...) «Hay que cambiar lo espectacular por lo sobrio» (...) «Vivimos en un mundo donde el tener ha sustituido al ser: producto de haber hecho virtudes a la codicia y a la ambición» (...) «Hay que cambiar el objetivo de maximizar las rentabilidades para minimizar los arrepentimientos: eso nos hará más ricos en el ejercicio de nuestros derechos naturales».

Y ahora una pregunta para finalizar este apartado: ¿Sufrirán también complejo de inferioridad los peces que logran escapar por los agujeros de la red?

## **Sociedad nueva. Cambio social**

*«Dichoso tiempo nuestro atormentado y paradójico»  
(Pablo VI, en Medellín)*

«Avanza la ciencia, crece la tecnología, evoluciona la maquinaria. El único que no progresa es el hombre», nos advierte Ernesto Sábato.

La máxima realización del progreso perseguido a lo largo de todo el período histórico que conocemos como Modernidad, era el estado del bienestar. Al hacer quiebra tan suspirado estado en el que habíamos depositado todas nuestras ilusiones, nos vemos abocados a «vivir sin esperanza», como afirma repetidamente Juan Pablo II. Se ha desinflado la burbuja de la prosperidad, y nos invade un inmenso malestar espiritual, ético, religioso, metafísico incluso.

Ante malestar tan generalizado, parece razonable preguntarse si la crisis del bienestar no tendrá algo que ver con la minimalización del ser que,

hace ya un tiempo, venimos padeciendo. Pero no apreciamos que esta pregunta brote en nuestra sociedad des-articulada por la condición posmoderna. No debe sorprendernos esta falta de reacción intelectual ante la situación de crisis.

La presente crisis social es el episodio actual de una historia que comenzó hace dos siglos. Nos recuerda Pedro M<sup>a</sup> Gil en su última publicación («El futuro de los religiosos de la escuela») que la Modernidad se estableció cuando quedaron asentados sus dos pilares básicos: el Estado de los Servicios y la lógica como criterio de verdad. A lo largo de los últimos doscientos años, estos fundamentos, manteniendo su entidad, han ido tomando distintos aspectos. Los estados modernos se definen hoy desde su trinidad constituyente: la política (que toma la forma de democracia formal), la economía (concebida como libre mercado) y el propio estado (que se atribuye el papel de garante del sistema). Conocer los signos de la novedad social supone seguir atentamente la evolución de estos tres elementos y las consecuencias sociales de tal evolución.

El universo político es opaco, equívoco, mudable, aleatorio. La razón política tiene su ámbito de validez y está sujeta a categorías propias, que hacen inevitable el relativismo de las ideas y de las doctrinas que cambian con los tiempos y lugares, e incluso en el interior de éstos. La situación económica de una buena parte de la sociedad actual está articulada por el llamado neoliberalismo. Presenta este sistema económico algunas virtudes: mundialización del mercado, proyecto de sociedades más homogéneas, intento de acortar distancias entre los distintos sectores sociales, disminución de la ineficaz intervención del Estado... Pero también contiene serios inconvenientes: acrecentamiento de la deuda externa, mayor dependencia política y cultural, crecimiento del desempleo, el espejismo del libre mercado, la negativa política de salarios, la inflación, la privatización de algunos servicios que así se vuelven inalcanzables para la mayoría...

Tales políticas económicas conducen irremediabilmente a la competitividad (primer mandamiento de la razón económica) y al consumo (objetivo preponderante en la escala de valores individuales y colectivos). La competitividad es el más eficaz medio de producción; la producción crea el consumo, que se transforma en la cultura generada alrededor del fetichismo de los objetos materiales. Se cierra así el círculo de «la comercialización del modo de vivir», como es calificado por Víctor Scardigli. La transformación del sistema económico modifica la cultura política que lleva asociada. Los actuales planteamientos económicos están haciendo más profunda la escisión entre la sociedad civil y la política, reducida a la participación democrática formal.

El desembarco en la sociedad posindustrial, determinada culturalmente por la información y la comunicación, supone instalarse en una nueva sociedad cibernética, en cambio e innovación constantes, articulada por la investigación, y cuyo ideal es convertirse en la sociedad del conocimiento. La cultura de la comunicación propicia el fenómeno de la planetarización, que permite la incorporación de todas las culturas particulares a través del complejo ciencia-tecnología-economía y se propaga gracias a los medios de comunicación social. Esta transición cultural, que no está libre de contradicciones y ambigüedades, nos está reclamando revisar los modelos de desarrollo económico y social, y las ideologías que los soportan intentando legitimar el discurso y la práctica de la sociedad neoliberal.

En el seno de esta sociedad posindustrial y posmoderna van naciendo nuevas culturas, expresión que pretende captar los valores y contravalores que dan forma al espíritu de nuestro tiempo. «La situación contiene potencialidades que pueden orientarse en sentidos opuestos consolidando un mundo insolidario y deshumanizante, o iniciando el camino de las alternativas sociales nacidas del compromiso solidario en favor de la justicia, en el que podrá brotar la esperanza» (J. Lorés).

Hay algunos rasgos sociales que parecen estar presentes de modo estructural, en estas nuevas culturas, vistas desde la perspectiva latinoamericana: la inquietud generalizada por el futuro, la necesidad universal de justicia y de paz, la aspiración a construir de modo consciente y comunitario el porvenir, las nuevas relaciones entre mujer y hombre y la ascensión de nuevos valores, como el respeto a las personas, el acceso a la educación y a la cultura, el aprecio del trabajo, el papel de la mujer, la búsqueda de vida comunitaria, el nuevo interés por el hecho religioso, la revalorización de la tolerancia y el pluralismo, el redescubrimiento de esperanza y se convierten en verdaderos desafíos para los educadores.

## **Escuela católica**

*«La gran tarea de la gente es hacer que esa escuela  
burocrática, triste, autoritaria e incompetente, cambie.  
Una escuela que, problematizando el mañana,  
trabaje para que el niño descubra la necesidad de transformar el hoy.  
Una escuela alegre.» (P. Freire)*

Escuela católica, sí, porque -otra paradoja más de estas tierras- en la percepción social, lo cristiano cae fuera del ámbito de lo católico... En estas últimas páginas nos preocupamos por la lectura que, en América Latina, hace la escuela católica de las condiciones sociales que caracterizan a la sociedad emergente que acabamos de contemplar.

La primera preocupación de la escuela católica ha de ser reforzar, o en su caso recuperar, su **propia identidad**.

Vivimos en el seno de la cultura de la indefinición y de la ambigüedad. Ante la dificultad que puede experimentar la escuela católica para definirse -producida a veces por un cierto temor al posible rechazo so-

cial -suele provocar el crecimiento de la razón instrumental, en forma de hiperorganización rentable, para compensar la atenuación de su sentido. Los Estados tienen un interés prioritariamente estratégico sobre todas las escuelas, incluidas las católicas. A la hora de analizar el servicio educativo, la clave sociopolítica está reduciéndose en muchas ocasiones al criterio de la *accountability*, que engloba los conceptos de rentabilidad y responsabilidad. Debe ser bien consciente la escuela católica del peligro que la amenaza en forma de *síndrome de Estocolmo*, porque de no resolverlo adecuadamente, puede degenerar en un proceso de grave desidentificación.

La escuela católica está también amenazada por la habitual patología institucional consistente en convertir los medios en fines -con lo que, de paso se hace innecesario el maquiavélico principio de que «el fin justifica los medios»-. La fidelidad a su propia identidad exige de la escuela católica definir y articular adecuadamente su porqué y su para qué, su fundamento y su finalidad, el evangelio del que nace y la tierra que fecunda, su primer principio y su encarnación coyuntural. Podemos aplicar a la escuela aquello que dice Zubiri del hombre: «Cada hombre es siempre el mismo no siendo nunca lo mismo. La manera de ser siempre el mismo no siendo siempre lo mismo es la esencia de la biografía». Gerardo Diego ha resuelto poéticamente la dificultad de mantener la identidad adecuándose a la circunstancia cambiante: «Quién pudiera como tú,/ a la vez quieto y en marcha,/cantar siempre el mismo verso/ pero con distinta agua». («A un río»). Así la escuela.

Su identidad de escuela católica le exige en primer lugar ser **escuela** («La Escuela Católica», 25). Como subsistema social que es, la educación refleja los mismos intereses y contradicciones de la sociedad. Como producto social, el resultado normal del proceso educativo es la reproducción y mantenimiento del sistema social. Pero, al no ser la sociedad perfecta, la escuela puede descubrir sus límites y contradicciones, proponer cambios, diseñar y ejecutar acciones alternativas de educación.

La escuela católica tiene interés y preocupación por los problemas que afectan a la sociedad latinoamericana. Pero su aislamiento social, su rigidez organizativa y la artificiosidad de sus programas hacen que, mayoritariamente, su propuesta educativa no responda a los desafíos que le plantea la realidad social. Para posibilitar un nuevo modelo educativo que se convierta en factor de cambio social en Latinoamérica, propone L.J. González educar el sentido crítico, desarrollar el sentido comunitario, valorar el trabajo y producir, educar para el ejercicio democrático y activo en la participación política. Con el fin de transformar la educación, sugiere A. I. Pérez Gómez cuatro perspectiva básicas en el discurso teórico y en la práctica educativa, que cada escuela ha de balancear adecuadamente de acuerdo con las finalidades que se propone: la perspectiva académica, la técnica, la práctica y la dirigida a la reconstrucción social.

«Después de haber tratado de definir la Escuela Católica a partir de la noción de escuela, es posible ahora concentrar la atención en aquello que la especifica como **católica**. Lo que la define en este sentido es su referencia a la concepción cristiana de la realidad. Jesucristo es el centro de tal concepción». («La Escuela Católica». 33). El siguiente número del mismo documento, en una especie de tautología evangélica, desarrolla este principio diciendo que «Cristo revela y promueve el sentido nuevo de la existencia y la transforma capacitando al hombre para vivir de manera distinta, es decir, pensar, querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida». De tal modo nos hemos acostumbrado al lenguaje religioso, que corremos el riesgo de habernos insensibilizado. La ironía de Kierkegaard, puede ayudarnos a despertar nuestra sensibilidad: «El cristianismo se ha desvanecido tanto en el mundo que, ante todo, hay que hacerse una concepción exacta de él» (...) «Las palabras ‘No conozco más que a Cristo, y Cristo crucificado’, dichas por un apóstol, le cuestan la vida; dichas por un testigo de la verdad; le acarrearán persecución, dichas por una persona inferior, por mí, por ejemplo, dan lugar a alguna especie de sufrimiento; dichas por

un poeta, traen buena fortuna; dichas por un eclesiástico declamatorio, no sólo traen buena fortuna, sino que se le venera como un santo» (...) «El conflicto sobre el cristianismo ya no será conflicto doctrinal; el conflicto será sobre el cristianismo como existencia. El problema será el de amar al prójimo. (...) La rebelión en el mundo grita: ¡Queremos ver la acción!».

La calidad del servicio educativo y la adecuada renovación educativa dependen fundamentalmente de la formación y del servicio profesional de directivos y **maestros**. Los maestros son mucho más importante que el desarrollo de la más avanzada tecnología educativa. Además de ser los garantes de que ésta se emplee de modo adecuado a la finalidad, el maestro siempre será un valor agregado respecto a la desintermediación que suponen las propuestas educativas centradas en los multimedia. En la escuela, pequeña comunidad preocupada por la situación social y comprometida en la construcción de una más justa, los maestros educan con su palabra y con su vida. Produce indignación el habitual discurso social acerca de la importancia del maestro, que, en muchos casos esconde cínicamente el desprecio más o menos solapado con que le contempla la sociedad latinoamericana.

El hombre no es más que lo que la educación hace de él, decía Kant. Algo similar sucede con los pueblos. Existe una absoluta correlación entre el desarrollo económico y la calidad de los sistemas educativos. La escuela, mediación crítica de la utilización del conocimiento, tiene como misión humanizar y socializar. El proceso de socialización de la escuela puede presentar conflictos y contradicciones. En tales casos hay que renunciar al «piadoso» intento de crear buena conciencia; se trata precisamente de lo contrario, crear mala conciencia, es decir, adquirir conciencia de la presencia del mal. La pertinencia (coherencia entre identidad y acción) de la escuela católica, depende de su sentido de **pertenencia**, porque quien pertenece obra de manera pertinente. La falta de pertenencia genera una presencia impertinente (inoportuna y molesta).

La impertenencia es un estado sociocultural, nacido de la falta de pertenencia, y que se manifiesta en la escisión la conciencia de la identidad y la conciencia de la acción. La escuela católica, como cualquier escuela, está condicionada por su entorno, al que a su vez pretende condicionar. Entre escuela y entorno social se da una relación de gestación de sentido (del entorno a la escuela) y de generación de proyecto (de la escuela al entorno). Cuando una escuela pasa de ser circundada (en fértil relación con su circunstancia sociohistórica) a ser circuncidada (abruptamente separada de su entorno), se torna in-significante, y su proyecto educativo se vuelve in-sensato.

Finalmente, los pobres, privilegiados de la escuela católica («La Escuela Católica», 58) se convierten en el criterio de verificación. La calidad, la excelencia y la eficacia de la escuela católica consisten en su significatividad: colaborar en la edificación del reino de Dios (*Gravissimum educationis momentum*», 2), asunto reservado a los pequeños, a los sencillos y los pobres. Escuchar a los pobres y servirles es la condición de la identidad de la escuela católica.